

compatriotas de rango y fortuna... estando cumpliendo sus deberes legítimamente contraidos un aliado del Emperador intima al Gobierno romano que expulse á los mercenarios, olvidando que los voluntarios de Garibaldi tampoco eran italianos; entra en los Estados romanos, ataca y prosigue adelante.

«Decir que Lamoricière obró sin conocimiento ó contra los deseos del Gobierno francés sería inferir agravio al sentido comun; no hay sardo ni francés que lo crea así. El Emperador pudo tan fácilmente impedir la invasion de los piemonteses, como pudo antes impedir la defensa de Lamoricière y de sus compañeros. No ha hecho ni lo uno ni lo otro, y es *burlarse de la credulidad humana el aparentar simpatías en favor del Padre Santo.*

«Repetimos que la opinion pública no ocultó sus simpatías para con los vencidos. El duque de Malakoff decia al Emperador: «Señor, la conducta que se observa con Lamoricière es indigna, y el ejército no puede tolerarla. Protesto contra los ultrajes que se infieren á ese soldado leal, y lo hago en mi nombre y en el del ejército, declarando que el dia en que Lamoricière regrese á Francia correremos todos á estrechar su mano y á abrazarle como á nuestro glorioso compañero de armas, honor ahora y siempre del ejército francés.»

No obstante Cialdini, el general que habia aplastado con un diluvio de combatientes á un puñado de valientes defensores de la Iglesia, se atrevia á calumniar con imbecilidad cruel á los vencidos; en uno de sus boletines de campaña decia: «Los pontificios herian á nuestros soldados á puñaladas; algunos heridos del ejército del Papa dieron de cuchilladas á los soldados piemonteses que se les acercaban para curarles.» Aserto ridículo, increíble é increído, afirmacion injuriosa que libra por sí sola el descrédito perpétuo del jefe que se atrevió á formularla.

En otro boletín decia: «El general Lamoricière, seguido de unos cuantos caballeros abandonó el campo de batalla, y siguiendo la ruta marítima por las gargantas del Corsero pudo ganar Ancona. Los prisioneros y las tropas que han capitulado están indignados de su conducta.»

Sin embargo, un ilustre prisionero, el conde de Fournon, desmintió solemnemente la nueva calumnia de Cialdini: «Disperso, decia, nuestro ejército, perdida la batalla, como no podia menos de perderse, no quedaba á Lamoricière otro partido que tomar que atender á la defensa de Ancona; únicamente él podia conservar algunos dias aquella plaza, deteniendo al pié de sus desmanteladas y desprovistas fortificaciones al ejército triunfador.

En efecto, cuarenta y cinco caballeros y como unos trescientos cincuenta infantes acompañaron al general, que abriéndose paso al través de las filas enemigas entró en Ancona, en el momento en que empezaba á ser bombardeada aquella ciudad por la escuadra, sin intimacion de ningun género, diez dias el ejército pontificio resistió, realizándose un verdadero milagro cada dia en que la resistencia se prolongaba. La debilidad de las fortificaciones de Ancona es un nuevo dato que atestigua el carácter antibelicoso del Gobierno pontificio, y que sirve para manifestar en toda su extension la iniquidad de la invasion realizada.

El bombardeo de Ancona por la escuadra apresuró su rendicion; no obstante para que todo fuera indigno en aquella campaña empezada en la conculcacion de la justicia, y continuada contra toda prescripcion del derecho de gentes, mientras Lamoricière parlamentaba con el almirante Persano, y se habia convenido por consiguiente una suspension de hostilidades, el ejército

de Cialdini, haciendo el desentendido continuaba dirigiendo vivísimo fuego contra la ciudad.

«¿Cuál no debia de ser la sorpresa de nuestro General en jefe, dice el conde de Quatrebarbes en su reseña de aquel sitio, al observar que el fuego continuaba sin provocacion alguna! Durante toda la noche, hasta á las siete de la mañana siguiente, el fuego prosiguió á pesar de la presencia de los parlamentarios, á pesar de estar enarbolada la bandera blanca en las fortificaciones, á pesar de los toques repetidos de «alto el fuego,» á pesar de una carta del almirante Pesaro, en la que protestaba contra la conducta indigna de sus compañeros de armas y llamaba á bordo á una seccion de sus marinos, que servian una batería. Durante once horas, el ejército de tierra no cesó de disparar contra la ciudad, sin que fuera contestado ni por un solo cañonazo por parte de la plaza.»

Mientras Ancona se rendia el Padre Santo trazaba ante sus venerables hermanos reunidos en consistorio el dia 28 de setiembre la triste historia de aquellos dias, contenida en la *alocucion* que va á leerse.

«Venerables hermanos: Con increíble dolor de nuestra alma y profunda tristeza, nos vemos precisados á deplorar y reprobar los atentados nunca oidos hasta hoy, cometidos de nuevo por el Gobierno del Piemonte contra Nos, la Santa Sede y la Iglesia católica. Este Gobierno, como sabeis, abusando de la victoria que, con la ayuda de una grande y belicosa nacion, obtuvo en una guerra muy funesta, extendió por Italia su reino contra todos los derechos divinos y humanos, excitando los pueblos á la rebelion, arrojando con grandísima injusticia á los Príncipes legítimos de sus propios dominios, invadió y usurpó algunas provincias de la Emilia, sometidas á nuestra autoridad pontificia, cometiendo un injustísimo y de todo punto sacrilego atentado. Y mientras todo el mundo católico, correspondiendo á nuestras gravísimas quejas, no dejó de clamar fuertemente contra esta impía usurpacion, dicho Gobierno acometió la empresa de arrogarse otras provincias de esta Santa Sede, situadas en el Piceno, la Umbría y en el patrimonio de san Pedro. Viendo que los pueblos de estas provincias gozaban de entera tranquilidad, que nos eran fielmente adictos, y que con el dinero profusamente derramado y otros engaños reprobados puestos en juego, no podian ser arrancados y alejados de nuestro legítimo gobierno civil y el de esta Santa Sede, introdujeron en estas provincias una turba de hombres perdidos que excitaban tumultos y sediciones, y un numeroso ejército que hostilmente las sometiera con las armas en la mano.

«Conoceis muy bien, venerables hermanos, la impudente carta escrita por el Gobierno piemontés á nuestro Cardenal ministro de negocios públicos para justificar su robo, donde no se avergonzó de anunciarnos que habia dado órden á sus tropas de ocupar nuestras sobredichas provincias, si no se licenciaba á los extranjeros alistados en nuestro pequeño ejército, formado por otra parte, únicamente para conservar la tranquilidad en los Estados pontificios y de sus pueblos. No ignorais que casi al mismo tiempo que se recibia esta carta, eran ocupadas dichas provincias por las tropas piemontesas. Ciertamente que nadie puede dejar de conmoverse y llenarse de indignacion, viendo las mentirosas recriminaciones, las varias calumnias y ultrajes con que dicho Gobierno no se avergüenza de cohonestar su impía y hostil agresion contra la autoridad civil de la Iglesia romana, y atacar nuestro propio Gobierno. Y ¿quién no se ad-



mirará en gran manera al oír que es reprendido nuestro Gobierno porque se han alistado extranjeros en nuestro ejército, siendo de todos sabido que á ningun Gobierno legitimo se puede negar el derecho de poder admitir extranjeros en sus ejércitos? Este derecho compete con mas razon á nuestro Gobierno y al de esta Santa Sede, toda vez que el romano Pontífice, como Padre comun de todos los católicos, no puede dejar de acoger con entrañable cariño á todos aquellos que, impulsados por el celo religioso, quieren militar en el ejército pontificio y contribuir á la defensa de la Iglesia. Y es de advertir aquí, que este concurso de católicos extranjeros, fue debido, principalmente, á la perversidad de los que han atacado al poder civil de la Santa Sede. Nadie, en efecto, ignora con cuanta indignacion y sentimiento se conmovió el mundo católico, luego que supo la agresion tan injusta é impía perpetrada contra el dominio civil de la Silla apostólica. De donde resultó, que muchísimos fieles de varias partes del orbe católico, por su voluntad y con grande apresuramiento, vinieron á nuestros dominios pontificios, y se alistaron en nuestro ejército para defender denodadamente nuestros derechos, los de esta Santa Sede y los de la Iglesia. Pero con singular malignidad no teme el Gobierno piamontés en titular calumniosamente mercenarios á nuestros soldados, sin embargo de que no pocos, notables por el nombre de sus ilustres familias y únicamente excitados por el amor de la Religion, han querido servir en nuestras tropas sin paga ninguna. Ni se oculta al Gobierno del Piamonte la fidelidad é integridad que brilla en nuestro ejército, siendo patente á dicho Gobierno, que han sido inútiles todas las engañosas arterias que ha empleado para corromper á nuestros soldados. No hay para que detenernos en refutar la acusacion de barbarie malamente atribuida á nuestras tropas, no pudiendo aducir ninguna prueba sus calumniadores, pudiéndose mas bien volver contra ellos la acusacion, que plenamente justificarian las atroces proclamas publicadas por los jefes del ejército piamontés.

«Pero conviene advertir aquí, que en ninguna manera podia nuestro Gobierno tener alguna sospecha de esta invasion hostil, habiéndosele asegurado que las tropas piamontesas habian penetrado en nuestro territorio, no con ánimo de invadirle, sino antes bien con el de arrojar las partidas de perturbadores. De aquí es que el general de nuestras tropas no podia ciertamente pensar que habria de combatir con el ejército piamontés. Mas, habiendo cambiado las cosas, contra toda inopinada esperanza supo la hostil irrupcion ejecutada por aquel ejército, ciertamente muy superior en armas y soldados, y tomó la prudente resolucion de retirarse á Ancona como ciudad fortificada, á fin de no exponer nuestros soldados á un peligro inminente de muerte. Pero detenido en su camino por las tropas enemigas, vióse precisado á venir á las manos para abrir camino á sí y á sus soldados.

«Por lo demás, al paso que tributamos las merecidas y debidas alabanzas á dicho general de nuestras tropas y á sus oficiales y soldados que, atacados en esta inesperada y hostil irrupcion, valientemente pelearon, si bien con fuerzas muy desiguales, por la causa de la justicia, de la Iglesia y de esta Santa Sede apostólica; apenas podemos contener las lágrimas sabiendo cuántos valerosos soldados, especialmente distinguidísimos jóvenes, han perecido en esta injusta y cruel invasion, quienes con noble y religioso espíritu volaron á la defensa del principado civil de la Iglesia romana. Conmuévenos además en gran manera, el luto que sobreviene á sus familias. ¡Ojalá que con

nuestras palabras pudiéramos enjugar las lágrimas de las mismas! Pero confiamos en que será para estas familias no pequeño motivo de consuelo esta honrosísima mencion que justamente hacemos de sus hijos y parientes, muertos por el brillante ejemplo de esclarecidísima fidelidad, amor y piedad, que, con alabanza inmortal de su nombre, dieron á todo el mundo cristiano. Y abrigamos la esperanza de que todos aquellos que gloriosamente sucumbieron por la causa de la Iglesia, alcanzaron aquella paz y eterna bienaventuranza que hemos suplicado y nunca dejaremos de pedir á Dios Optimo, Máximo. Tributamos tambien en este lugar las debidas alabanzas á nuestros amados hijos los gobernadores de las provincias, principalmente de Urbino, Pesaro y de Espoleto, que, en tan tristes y azarosos tiempos, constante y diligentemente cumplieron con su deber.

«Mas ¿quién podrá, venerables hermanos, sufrir jamás la insigne impudencia é hipocresía con que los perversísimos invasores no vacilan en asegurar en sus programas que han ido á nuestras provincias para restablecer en ellas los principios de la moral y del orden? ¡Y esto se afirma temerariamente por aquellos que tiempos há vienen haciendo una guerra encarnizada á la Iglesia católica, á sus ministros y á sus intereses, y que despreciando de todo punto las leyes y censuras eclesiásticas, se han atrevido á encarcelar á los distinguidísimos cardenales de la santa Iglesia romana, á los obispos y á los miembros mas notables de uno y otro clero, arrojar de sus propios conventos á las Órdenes religiosas, robar los bienes de la Iglesia y devastar el principado civil de esta Santa Sede! ¡Los principios del orden moral serán, sin duda, restablecidos por los que establecen escuelas públicas de toda clase de falsas doctrinas, y tambien casas de prostitucion; los que se esfuerzan en ofender el pudor, la castidad, la honestidad y la virtud, con abominables escritos y representaciones teatrales; burlarse y menospreciar los sacrosantos misterios de nuestra santa Religion, de los Sacramentos, preceptos, instituciones, ritos y ceremonias; quitar de en medio toda nocion de justicia y echar por tierra y acabar con los fundamentos de la sociedad, tanto civil como religiosa!

«En presencia de esta injusta, hostil y horrenda agresion y ocupacion de nuestro principado civil y de esta Santa Sede por el Rey del Piamonte y su Gobierno, llevada á cabo contra todas las leyes de la justicia y el derecho universal de gentes, Nos, recordando bien nuestro deber, levantamos de nuevo con energía nuestra voz ante este vuestro respetabilísimo concurso y ante todo el mundo católico, y reprobamos y de todo punto condenamos todos los sacrilegios y nefandos atentados de dicho Rey y Gobierno, y declaramos y decretamos todos aquellos actos completamente nulos y de ningun valor, y reclamamos una y otra vez y nunca dejaremos de reclamar la integridad del principado civil de que goza la Iglesia romana, y sus derechos pertenecientes á todos los católicos.

«Pero no podemos disimular, venerables hermanos, la profunda amargura que nos oprime al ver que, á consecuencia de varias dificultades, tenemos que desear el auxilio ajeno contra tan malvada y nunca bastante execrable agresion. Muy notorias os son las reiteradas declaraciones que nos han sido hechas por uno de los príncipes mas poderosos de Europa. Sin embargo, mientras que hace ya tiempo esperamos su resultado, no podemos dejar de angustiarnos y turbarnos profundamente, al ver insistir y adelantar osada é inso-



lentemente en su nefando propósito á los autores y fautores de esta criminal usurpacion, como si estuvieran en la seguridad de que nadie ha de hacerles oposicion.

«Esta perversidad ha llegado hasta al punto de que, habiendo sido enviadas las tropas del ejército piamontés hasta á los muros de nuestra capital se halla interrumpida toda comunicacion, comprometidos los intereses públicos y privados, interceptados los convoyes, y, lo que es mas grave, el Pontífice supremo de la Iglesia universal reducido á la imposibilidad de proveer, sino con grandes dificultades, á los intereses de la Iglesia, á causa de la interrupcion de las vias de comunicacion con los demás países. Esta es la causa, venerables hermanos, bien lo veis, de que en medio de tan grandes angustias y ante una situacion tan peligrosa, nos vemos precisados de excogitar, á pesar nuestro, medidas para poner á salvo nuestra dignidad.

«Entre tanto no podemos menos de deplorar, entre otras cosas, el funesto y pernicioso principio llamado de *no intervencion*, que de poco tiempo acá proclaman y ponen en práctica ciertos Gobiernos con la aquiescencia de los demás, hasta cuando se trata de la injusta agresion de un Gobierno contra otro; que no parece sino que contra todas las leyes divinas y humanas se proponen asegurar una especie de impunidad y de licencia á los invasores y despojadores de derechos ajenos, de las propiedades y aun de los Estados mismos, como lo estamos presenciando en nuestros calamitosos tiempos.

«Y es verdaderamente singular que solo al Gobierno piamontés le sea lícito menospreciar y violar con impunidad aquel principio, pues que le vemos con un ejército enemigo, á vista y paciencia de Europa entera, invadir los Estados ajenos y expulsar de ellos á sus legítimos soberanos. De aquí nace el pernicioso absurdo de que no se admita intervencion extranjera sino para provocar y sostener rebeliones.

«Por esto hemos creído llegada la oportunidad de excitar á todos los Príncipes de Europa á examinar seriamente con toda la madurez y sabiduría de los consejos, los grandes é innumerables males que encierra el detestable acontecimiento que deploramos. Pues se trata de la cruel violacion que únicamente se ha cometido contra el derecho universal de gentes; y que si de todo punto no fuera comprimida, no quedaria fuerza ni seguridad para ningun derecho legítimo. Trátase de un principio de rebelion, que vergonzosamente favorece el Gobierno piamontés, y del cual fácil es comprender cuán gran peligro amenaza cada dia al Gobierno, y que plaga tan universal sobreviene á toda la sociedad, una vez que abre la puerta al funesto *Comunismo*. Trátase de la violacion de solemnes Convenciones, que lo mismo en los Estados pontificios que en los demás Estados de Europa, exigen se guarde intacta é incólume la integridad del poder civil pontificio. Trátase de la violenta expoliacion de este poder, que por singular disposicion de la divina Providencia, ha sido dado al Pontífice romano para ejercitar con entera libertad su ministerio apostólico en toda la Iglesia. Esta libertad debe excitar seguramente la soberana solicitud de todos los Príncipes, á fin de que el Pontífice no obedezca al impulso de ningun poder civil, y que la tranquilidad espiritual de los católicos que moran en las provincias de estos mismos Estados esté al abrigo de todo peligro.

En tal concepto, todos los soberanos deben persuadirse de que su causa está completamente unida á la nuestra, y que auxiliándonos, miran por sus

derechos igualmente que por los nuestros. Con gran confianza, por consiguiente, exhortamos y rogamos á los mismos, que nos ayuden cada cual segun su condicion y sus medios. Pero no dudamos que mayormente los Príncipes y pueblos católicos emplearán sobre todo, con el mayor ardor, sus cuidados y esfuerzos de comun acuerdo en socorrer, defender y ayudar de todas maneras al Padre y Pastor de la grey universal del Señor, combatido por las armas parricidas de sus hijos degenerados...»

La conducta del Piamonte está juzgada con admirable elevacion y dignidad en la anterior *alocucion* pontificia; el principio de *no intervencion* absurdo en sí y ridículo en sus aplicaciones es considerado como una red, ni siquiera habilidosa, destinada á tratar la accion de la justicia política de las naciones entre sí. Desde la altura del Vaticano la suprema personificacion de la moral dió una enérgica advertencia á la diplomática Europa. ¡Consejos vanos! Los poderes de la tierra resolvieron perderse, y será fácil llevar á cabo su extraña resolucion.

Algunas, no todas las potencias, en vista de los escandalosos acontecimientos llevados á cabo con desenfado cínico por el Rey del Piamonte, retiraron de Turin sus embajadores; protesta que no correspondia á la magnitud del hecho que la motivaba; protesta de pura fórmula, puesto que, los que en aquellos dias retiraron los embajadores algunos meses despues reconocian la obra consumada por el usurpador.